

ROBERTO GONZALEZ (1939). Lic. en Ciencias Políticas. Profesor de Teoría de las Relaciones Políticas Internacionales en el ISRI.

Un estudio acerca de las relaciones interamericanas

Independientemente de sus méritos, los trabajos reunidos en este libro encubren la verdadera naturaleza de las relaciones de dominación que los Estados Unidos imponen a los países latinoamericanos

Editado bajo la dirección de Jorge I. Domínguez, latinoamericanista y cubanoólogo del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de Harvard, este libro¹ reúne trabajos de varios especialistas que incursionan en el terreno de la interrelación economía-política, uno de los aspectos del conflicto Internacional, y utiliza como case-study las relaciones interamericanas durante la última década.

En su conjunto —y pese a matices diferenciadores no esenciales—, este grupo de autores intenta demostrar que en la presente década las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina (sobre todo en lo que se refiere a los países mayores del subcontinente) seguirán dominadas por la política; pero no la política de la “guerra fría”, de las intervenciones de marines, de la revolución y la contrainsurgencia, sino la política de las relaciones económicas, que aunque no con carácter exclusivo devienen un aspecto central en el contexto interamericano.

En su análisis, estos trabajos parten de varias consideraciones fundamentales que Domínguez resume con claridad en la introducción: el orden económico internacional construido después de la Segunda Guerra Mundial se ha transformado lo suficiente como para abrir a los gobiernos de los países mayores de América Latina un “espacio político”² que les permite actuar fuera de sus fronteras de forma tal que pueden afectar con cierta efectividad el régimen internacional establecido. Aunque los Estados Unidos se mantienen como la mayor potencia mundial, su relativa declinación económica en comparación con Europa Occidental y Japón ha creado nuevas opciones para América Latina.

En los países mayores de América Latina, los Estados se han hecho más fuertes y competentes. Sus economías han crecido y se han industrializado, de modo que resultan capaces de actuar de nuevas maneras en la arena internacional.

La difusión y el crecimiento de las firmas multinacionales y de las empresas nacionales estatales y privadas en los países mayores de América Latina han creado problemas y oportunidades para los Estados, porque estos sienten la necesidad de regularlas para evitar la pérdida de control. Las oportunidades no son solamente para un ulterior crecimiento, sino también para beneficiarse de la competencia entre empresas y para escoger empresas que hagan el papel de campeones nacionales. Enfocar las relaciones económicas contemporáneas requiere estudiar a dinámicos países latinoamericanos —México, Venezuela—, y áreas críticas como las

¹ *Economic Issues and Political Conflict: U.S.-Latin American Relations*, edited by Jorge I. Domínguez, Butter-Worth & Co. Ltd., 1982.

² El entrecomillado es del propio editor del libro.

exportaciones industriales a los Estados Unidos, la transferencia de tecnología y las actitudes de la “élite” y las masas hacia las inversiones privadas norteamericanas. Este enfoque toca una parte de los esfuerzos de algunos gobiernos latinoamericanos para afirmar su liderazgo en el hemisferio occidental, en el diálogo Norte-Sur y entre viejos y nuevos países industriales.

Las relaciones económicas contemporáneas son inherentemente políticas, globales y difíciles de controlar por los tradicionales instrumentos estatales. Mezclan regularmente los asuntos domésticos e internacionales y llevan a una tensión entre las necesidades globales de la política y la esfera sensible de las relaciones diplomáticas de gobierno a gobierno.

Los temas de las futuras relaciones Estados Unidos-América Latina no encajan exclusivamente ni en el marco de la vieja “relación especial”, ni en las relaciones internacionales Norte-Sur. Más bien ofrecen una mezcla de ambos, acompañada con algunas dimensiones comunes a las relaciones con otros países industriales que surgen de la política de los temas globales. Esto lleva a los autores a sugerir una nueva “relación especial” preñada de conflictos, pero también abierta a nuevas oportunidades para la colaboración.

Bajo estas premisas, Jorge Domínguez estudia el nacionalismo empresarial en América Latina; Merilee Grindle, de la Brown University, la política mexicana hacia las inversiones extranjeras; Janet Kelly, de la Universidad Simón Bolívar, de Caracas, la política económica exterior de Venezuela y sus relaciones con los Estados Unidos; John Odell, de la Universidad de Harvard, las exportaciones industriales de América Latina y su capacidad de negociación con los Estados Unidos; Debra Lynn Miller, de la Universidad de Columbia, la transferencia de tecnología Estados Unidos-América Latina; y finalmente Robert L. Parlborg, de Harvard, los costos y beneficios que representa para los Estados Unidos el conceder mayor atención a la América Latina.

En su conjunto, los trabajos se dirigen a sustentar como primera tesis que al menos en los mayores y más dinámicos países latinoamericanos —léase México, Venezuela, Brasil o Argentina—, se han producido cambios que apuntan en el sentido de un mayor crecimiento industrial, una intensificación del nacionalismo empresarial, una mayor capacidad de negociación con los Estados Unidos y, por consiguiente, una mayor independencia relativa con relación a la potencia hegemónica del hemisferio. Estos fenómenos obedecen tanto a causas internas —desarrollo industrial, mayor capacidad técnica del Estado en esos países para ejercer influencia sobre la economía y regular en beneficio propio el proceso inversionista extranjero, crecimiento del intercambio comercial y la competitividad de estas economías—, como a factores externos, consecuencia de las transformaciones del sistema internacional global y de la pérdida por los Estados Unidos de su incompañada hegemonía mundial, incluso en los marcos del capitalismo, que abren nuevo espacio a las relaciones económicas internacionales de los principales países de América Latina. Por estas razones, la presente década verá incrementarse el contencioso Estados Unidos-América Latina,

esta vez en el frente económico, que se transforma así en un área de significación dentro de la política hemisférica.

Desde luego, como subrayan los autores, este aumento del nacionalismo económico en América Latina no desborda los marcos del sistema capitalista ni la necesidad de un continuado proceso inversionista extranjero, principalmente norteamericano, que no es cuestionado en su esencia sino en sus modalidades, por ramas de la economía y según la coyuntura.

En el libro se destaca el posible y variable agrupamiento del empresariado nacional latinoamericano detrás de “coaliciones transnacionales”, verdadera imbricación del capital de las grandes empresas multinacionales y el de origen local y su expresión gubernamental. También se subraya el papel de “coaliciones estatistas” que, reuniendo a un sector del empresariado nacional, la tecnoburocracia gubernamental, los intelectuales e incluso un sector de las fuerzas armadas, busca, por el contrario, regular la economía y someter a control las inversiones extranjeras, sobre todo en la esfera de los recursos naturales y de una “coalición nacional burguesa” que amenaza las inversiones en la esfera industrial.

Esta distinción de las diferentes formas de agrupamiento del empresariado nacional no carece de interés conceptual, aunque no se profundice demasiado en sus bases clasistas. En este sentido se echan de menos las cifras que se manejan tan cuidadosamente para ilustrar en ocasiones aspectos menores. Por otra parte no se define con claridad su tendencia dominante, que parece más bien un movimiento pendular, según la coyuntura, y dentro de una global dependencia al capital extranjero dominante. Además no se distingue claramente entre la “coalición estatista” y la “coalición nacional burguesa”, que parecerían aproximarse en un amplio espectro de objetivos y diferenciarse en las bases de sustentación popular, mayores sin duda en la segunda.

Este aumento del nacionalismo empresarial en América latina y de los consiguientes conflictos en las relaciones económicas con los Estados Unidos no constituye —y esta es la segunda tesis importante del libro—, una amenaza demasiado seria para los intereses norteamericanos, que mano tienen una primacía hemisférica que no pueden soslayar los estudios aquí reunidos. Por el contrario, partiendo de esa premisa los autores invitan a Washington a coexistir realistamente con la tendencia creciente en los mayores países del subcontinente, y a mantener sus “especiales relaciones” con América latina bajo nuevas modalidades que se adapten a estos cambios ineludibles. Por último, y como una tercera tesis significativa que afecta al decisión making process norteamericano con relación a la América latina, se sugiere que a la región no debe conferírsele una alta prioridad a nivel presidencial, porque esto tiende a “politizar” en exceso las relaciones. Contrariamente, se sugiere una atención sostenida a un nivel más bajo donde el aparato gubernamental se mueva en un contexto más técnico —y en consecuencia más fríamente moderado—, que ahorre las frustraciones que dimanen de un enfoque excesivamente ideológico o político, lo cual cobra especial significación en una etapa que se abre signada por crecientes divergencias en el terreno estrictamente económico.

En este sentido resultan de interés las reflexiones del profesor Paarlberg. Aunque en el caso concreto de Jamaica y del gobierno de Michael Manley escamoteó la ofensiva desestabilizadora implementada por los Estados Unidos, Paarlberg destaca las inconsecuencias de la política demócrata en los años 60 de los gobiernos Kennedy-Johnson, que al otorgar la máxima prioridad gubernamental al subcontinente, dimensionaron en exceso el ámbito político y siguieron orientaciones contrapuestas encarnadas en el programa reformista de la “Alianza para el Progreso” y la política de “guerra fría” y de contrainsurgencia, que se dirigían contra Cuba y la amenaza revolucionaria en el área.

El análisis conlleva, de paso, una crítica a la postura ideologizante de la política latinoamericana de la Administración encabezada por Ronald Reagan, que ha hecho de la problemática centroamericana la piedra de toque de su disposición global de “contener” al comunismo.

En su conjunto, los trabajos aquí reunidos ofrecen interesante información sobre aspectos del desarrollo económico latinoamericano contemporáneo, que sin duda apuntan a superar algunos lugares comunes, tanto las apologías convencionales y tradicionales de las relaciones interamericanas como algunas críticas superficiales que se originan a la izquierda del espectro político.

Pero al propio tiempo, bajo una moderada pretensión de refutar las diversas teorías de la dependencia, encubren la realidad esencial de las relaciones de dominación neocoloniales que los Estados Unidos imponen al subcontinente.

Porque el innegable crecimiento industrial de algunos grandes países, el mayor desarrollo y tecnificación de los mecanismos estatales de regulación económica, las divergencias competitivas con los Estados Unidos en el marco comercial, el relativo mayor espacio de maniobra que permite el surgimiento de nuevos polos rectores del sistema capitalista como Europa Occidental o Japón, son la consecuencia de un proceso de transformación del tradicional esquema de dependencia latinoamericano, que se inserta dentro de una nueva redivisión capitalista del trabajo a escala internacional y se traduce en la formación, en los principales países del subcontinente, de una nueva oligarquía monopolista íntimamente imbricada, en un proceso no exento de contradicciones, tanto al aparato del Estado local como a los intereses de los grandes consorcios norteamericanos. Se trata de un nuevo fenómeno de transnacionalización de la economía latinoamericana, que reitera en un escalón más alto idéntica relación entre la economía dominante y las dominadas.

Estos procesos de desarrollo transnacionalizado, que no han alterado sustancialmente las atávicas estructuras sobre las que se asienta el subdesarrollo latinoamericano, han provocado “milagros” económicos sustentados en procesos industrializadores dependientes enfilados a la exportación y en un crecimiento limitado a ciertos sectores de la economía y estratos sociales de los que se ven privados el resto del país y millones de personas.

Aunque no se estudia específicamente, el ejemplo de Brasil ilustra los nuevos procesos en curso dentro del capitalismo dependiente latinoamericano, con

multitudes hambrientas que golpean enérgicamente las puertas de modernas urbes industrializadas en busca de alimentos.

Los autores no abordan estas cuestiones y soslayan al propio tiempo la gigantesca deuda externa de América Latina (330000 millones de dólares, la mayor dentro del Tercer Mundo). La cifra cuestiona por sí misma esa relativa independencia de las burguesías locales que realzan los diversos estudios, e incluso las bases mismas de todo modelo de desarrollo que no trascienda los marcos del capitalismo y los mecanismos de explotación neocolonial, perfeccionados y modernizados por el imperialismo.

Esa deuda subraya además la profunda crisis del capitalismo dependiente latinoamericano, que amenaza con el desencadenamiento de agudas conmociones políticas y sociales para toda esta década, probablemente a un nivel más alto que las de los años 60. La Revolución Centroamericana y la evidente quiebra de los regímenes autoritarios del Cono Sur anuncian una etapa en que la política, en sentido riguroso, como lucha por el poder, retoma la primacía sobre la economía, porque en ella se dirimen los intereses esenciales de las clases y los Estados en pugna. En estas condiciones parece poco probable que la atención a la región no se priorice al más alto nivel, porque los técnicos no estarán en condiciones de enfrentar la problemática que se avecina. La cuestión no parece residir, como sugieren los autores, en rebajar el nivel de la atención gubernamental, sino en el tipo de tratamiento que la presidencia sea capaz de otorgar a América Latina, porque en ella se juegan los destinos del Imperio.

Al identificar a los Estados de dictadura militar fascistizante —los casos de Brasil y otros en el Cono Sur—, como los “más competentes para implementar políticas al interior o al exterior” (sic) y desconocer “la relación directa de causa y efecto” (sic) que los liga con la política del gobierno de Washington, estos autores contradicen, por decir lo menos, el propósito declarado en la introducción de que este libro contribuya “al refinamiento conceptual de las perspectivas académicas en el estudio de las relaciones internacionales en el hemisferio occidental”.